

Marialba Pastor
COORDINADORA

Romanticismo francés
(Antología de textos)

Marialba Pastor y Clara Ramírez
ESTUDIO INTRODUCTORIO

COLEGIO DE HISTORIA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DIRECCIÓN GENERAL DE ASUNTOS DEL PERSONAL ACADÉMICO
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO



Dirección General de Asuntos del Personal Académico



Programa de Apoyo a Proyectos Institucionales
para el Mejoramiento de la Enseñanza

PROYECTO PAPIME PE401107
Actualización bibliográfica para el Colegio de Historia

Primera edición: 2010
19 de agosto de 2010

DR © 2010. UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria 3000,
Colonia Copilco Universidad,
Delegación Coyoacán,
C. P. 04360, México, D. F.

ISBN 978-607-02-1571-1

Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio sin autorización escrita
del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

PRESENTACIÓN

Esta antología forma parte de la Colección Historiografías, cuya finalidad es procurar que los profesores y estudiantes de la carrera de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM —tanto del sistema abierto como del sistema escolarizado— dispongan con facilidad de las lecturas básicas y obligatorias que requieren cada semestre en los cursos de Historiografía. Asimismo, esta Colección intenta contribuir a que, desde los primeros semestres de la carrera —que es donde se ubican las asignaturas de Historiografía— los estudiantes constituyan su propio acervo bibliográfico.

La selección de textos de esta antología respondió a la conveniencia de que los estudiantes se aproximen al romanticismo francés, uno de los movimientos culturales de mayor impacto en la historiografía mundial, a través de tres de sus autores representativos, pertenecientes a la mitad del siglo XIX: Augustin Thierry, Jules Michelet y Alexis de Tocqueville. Con el objeto de orientar mejor a los estudiantes, esta antología incluye un estudio introductorio a estos textos elaborado por Marialba Pastor y Clara Ramírez. En él, estas autoras presentan los rasgos generales del romanticismo, en especial del romanticismo francés, algunos datos biográficos de los tres historiadores seleccionados, y ponen especial énfasis en las deudas intelectuales y científicas y las propuestas centrales de los textos recogidos. Con el mismo objetivo orientador, al final de esta antología se incluye una bibliografía general relacionada con el romanticismo francés y la historiografía romántica.

La Facultad de Filosofía y Letras publica esta Colección gracias al apoyo otorgado por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la UNAM, a través del Programa de Apoyo a Proyectos Institucionales para el Mejoramiento de la Enseñanza (PAPIME). Asimismo, agradece a Diana Alejandra Dávalos Rayo, Áurea Lobato Flores, Antonio Sandoval Escamez, Harlen Vega Soria y Azalia Servín Alejandre la captura y el cotejo de los textos de esta antología, y a Óscar Aguirre Mandujano su apoyo en la coordinación del proyecto.

MARIALBA PASTOR

ESTUDIO INTRODUCTORIO

Marialba Pastor y Clara Ramírez

Las novelas de Walter Scott (1771-1832), sobre todo *Ivanhoe* y *Quentin Durward*; las canciones de Franz Schubert (1797-1828); las pinturas de Eugène Delacroix (1798-1863); el elogio de los héroes, los miserables y el sacrificio; el retorno del arte gótico, los ideales de la caballería y el amor cortés son algunos hechos culturales que caracterizaron al romanticismo que se extendió por toda Europa a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Sus huellas se advierten todavía, no sólo entre quienes viven el amor con pasión y buscan la completa satisfacción de sus sentidos, la emoción espiritual o los nexos sólidos de amistad,¹ sino también entre quienes se embelesan con la naturaleza expresada en algunas piezas musicales o con los sentimientos extremos y delicados de los protagonistas del cine y las novelas.

En su libro *Las raíces del romanticismo*, el filósofo e historiador Isaiah Berlin se refirió al romanticismo como la “más vívida expresión y síntoma” de una de las revoluciones más importantes de la historia contemporánea de Occidente; una revolución tan trascendental como las revoluciones industrial, francesa y rusa,² debido a su capacidad de influir y transformar radicalmente la vida y el pensamiento. Más que un movimiento —lo cual, según Berlin, implica cierto grado de organización— el romanticismo fue un conjunto contradictorio de actitudes, modos de escribir, pensar y actuar:³ sueños utópicos y nostalgia por el pasado, anhelo de fe y pérdida del sentido de la vida, afirmación y negación del cristianismo, optimismo místico y pesimismo aterrador.⁴

Este estudio entenderá el romanticismo como una corriente de la literatura, el arte y el pensamiento, con la finalidad de destacar los elementos que influyeron en la historiografía en general y en particular en

¹ Hans Georg Schenk, *El espíritu de los románticos europeos*. México, FCE, 1983, p. 200.

² Isaiah Berlin, *Las raíces del romanticismo*. Madrid, Taurus, 2000, p. 14.

³ *Ibid.*, p. 9.

⁴ *Ibid.*, p. 147; H. G. Schenk, *op. cit.*, p. 18.

la historiografía francesa, así como de introducir al lector en los textos elegidos para esta antología, pertenecientes a tres connotados historiadores franceses del siglo XIX: Augustin Thierry (1795-1856), Jules Michelet (1798-1874) y Alexis de Tocqueville (1805-1859).

Aunque la persistencia del romanticismo puede percibirse en el presente, la época propiamente romántica comprende el siglo transcurrido entre 1770 y 1870, durante el cual pueden distinguirse la diversidad de formas que adoptó, la calidad desigual de las obras que produjo y los múltiples tipos y tendencias que animó.⁵

FORMACIÓN DEL ROMANTICISMO

El periodo de formación del romanticismo, también llamado prerromántico, transcurrió entre 1770 y 1815, en Alemania e Inglaterra. En este último lugar, desde el siglo XVII, el término *romantic* se había empleado para referirse a asuntos relacionados con la ficción y la imaginación, inexistentes o irreales, y también para referirse a cuentos y novelas.⁶

En Alemania, el romanticismo se impuso y se fortaleció con las reflexiones de los integrantes del movimiento literario Sturm und Drang (Tormenta e impulso), al cual pertenecieron Johann Hamman (1730-1788), Johann Gottfried von Herder (1744-1803), Friedrich von Schiller (1759-1805) e inicialmente Wolfgang von Goethe (1749-1832). Este movimiento cuestionó el exceso de racionalismo y su frialdad, revaloró la naturaleza y concedió importancia vital a la comunión de los seres humanos con lo sagrado; además, tendió una mirada retrospectiva y positiva al pasado medieval. En Inglaterra, la obra de la primera generación de románticos, surgida veinte años antes del inicio de la Gran Revolución, rompió los moldes rígidos del clasicismo al difundir con éxito baladas populares y dar a conocer la poesía naturalista y la poesía fantástica de evocación medieval de William Wordsworth (1770-1850), Samuel Taylor Coleridge (1772-1824) y Lord Byron (1788-1824).⁷

⁵ A las revoluciones ocurridas entre 1815 y 1850 frecuentemente se les denomina románticas. (Véase “Las rebeliones románticas”, en Georges Duby y Robert Mandrou, *Historia de la civilización francesa*. México, FCE, 1981, pp. 415-445.)

⁶ Véase “Digresión sobre una palabra”, en Jacques Barzun, *Del amanecer a la decadencia. Quinientos años de vida cultural en Occidente. De 1500 a nuestros días*. Madrid, Taurus Historia, 2001, pp. 692-695.

⁷ I. Berlin, *op. cit.*, p. 180; H. G. Schenk, *op. cit.*, p. 17. Esta periodización coin-

En sus *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, Herder, el teólogo y filósofo líder del Sturm und Drang, planteó cómo en la historia podía descubrirse el plan trazado por Dios para alcanzar la felicidad y la armonía.⁸ En la misma época, Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) y otros ilustrados franceses mostraron sus inclinaciones románticas al fascinarse con la idea del “buen salvaje”, el primitivismo y la vida simple. Ellos criticaron la corrupción de las costumbres del *ancien régime*⁹ y pronosticaron cómo la propiedad privada, el progreso tecnológico y la industrialización traerían consigo la deshumanización.¹⁰

Durante el periodo formativo, las propuestas filosóficas y las críticas al estado de cosas se intercambiaron entre Alemania, Inglaterra y Francia; sin embargo, a partir de 1815, después de la derrota de Napoleón y la disolución del primer imperio francés, el romanticismo se difundió con fuerza por toda Europa y América y adoptó tres posturas distintas: una fue la de los románticos socialistas, revolucionarios y progresistas, que propusieron superar las limitaciones y simplificaciones en las que habían incurrido los ilustrados, denunciar el autoritarismo de la dictadura jacobina, reprobar la época del terror y apuntar las contradicciones del capitalismo para combatir las de raíz y avanzar hacia un estadio positivo o superior de la perfección humana donde predominaran la cooperación y la ayuda mutua (Saint-Simon, Auguste Comte, Robert Owen, Charles Fourier). Una segunda postura la representaron los románticos conservadores y tradicionalistas que sintieron nostalgia por el pasado, intentaron resucitar el viejo cristianismo y pelearon por restaurar el poder monárquico y católico del *ancien régime*

cide con la de Charles-Olivier Carbonell, quien ubica la época del romanticismo europeo entre 1815 y 1848 y designa las manifestaciones anteriores como prerrománticas. (Charles-Olivier Carbonell, *La historiografía*. México, FCE, 1986, p. 105.)

⁸ Johann Gottfried Herder, *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*. Buenos Aires, Losada, 1959, pp. 9-14.

⁹ El concepto *ancien régime* lo emplearon los revolucionarios durante la Revolución francesa para referirse al viejo mundo monárquico y clerical. Su difusión se debe, en parte, al análisis de la estructura política francesa del siglo XVIII realizado por Tocqueville en *El antiguo régimen y la Revolución*. Los románticos franceses se refirieron con nostalgia al *ancien régime* como al paraíso perdido. En el siglo XX, historiadores de la Escuela de Annales lo aplicaron a los Estados-nación europeos organizados en forma monárquica y estamental en el tránsito al capitalismo, entre los siglos XV y XVIII. Recientemente la historiografía iberoamericana lo ha empleado para referirse a los regímenes coloniales.

¹⁰ I. Berlin, *op. cit.*, p. 179.

(el vizconde de Chateaubriand y Felicité de Lammenais), así como retornar a las viejas creencias y costumbres y rescatar las formas medievales de economía para preservar la agricultura y la artesanía de los embates de la vida industrial y urbana. La tercera postura combinó el romanticismo y el liberalismo (Victor Hugo), algo que compartieron los tres historiadores seleccionados en esta antología.¹¹ Los rasgos principales de esta tercera postura (el retorno de la espiritualidad, la exaltación de la libertad individual, el culto a la patria y la nación y la vivificación de la historia) caracterizaron a la historiografía romántica francesa. Éstos se abordan brevemente a continuación.

EL RETORNO DE LA ESPIRITUALIDAD

Ya fuera con la intención de regresar a épocas anteriores o de progresar y alcanzar la liberación de los hombres y su espíritu, el romanticismo trató de llenar espacios que la Ilustración había dejado vacíos y combatió muchos de sus principios, sobre todo los relacionados con los cuestionamientos a los sentimientos religiosos y la espiritualidad como fuerza creadora.

Entre 1815 y 1830, en la época de la Restauración, la fe religiosa fue recomendada por los románticos como una manera de acabar con los males que aquejaban a la sociedad, principalmente con el mal mayor: la incredulidad. Consideraron que al derribar las jerarquías sociales y atacar a la Iglesia y al Estado, los revolucionarios habían alterado el equilibrio y atentado contra los dictados de Dios. Para ellos, sólo las autoridades y los funcionarios civiles y religiosos probados por largo tiempo eran capaces de garantizar el orden necesario para alcanzar la paz y el progreso. De hecho, la Santa Alianza, la fuerza política contrarrevolucionaria formada para defender los intereses económicos y políticos de los viejos estamentos, fue un intento de retornar a la unión cristiana bajo la dirección de las tres poderosas potencias europeas: la Rusia greco-ortodoxa, la Austria católica y la Prusia protestante.¹²

¹¹ *Ibid.*, pp. 169-170; H. G. Schenk, *op. cit.*, p. 50; Paul Bénichou, *El tiempo de los profetas. Doctrinas de la época romántica*. México, FCE, 2001; Jacob Peter Mayer, *Trayectoria del pensamiento político*. México, FCE, 1966, pp. 180-181.

¹² Louis Bergeron, Francois Furet y Reinhart Koselleck, *La época de las revoluciones europeas 1780-1848*. México/Madrid/Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1976, pp. 205-207.

Los revolucionarios franceses habían ocupado templos, perseguido al clero y prohibido la injerencia de la Iglesia católica en la vida civil. En lugar de la religión cristiana habían procurado instituir una “nueva religión” cuyo Dios era la naturaleza. En el centro del culto se pretendía colocar a la razón y convertir a las bibliotecas, los repositorios de la sabiduría, en las nuevas iglesias. Políticos e intelectuales vinculados al viejo sistema buscaron un remedio para lo que consideraron la “enfermedad espiritual” ocasionada por el exceso de materialismo de esta nueva manera de ver el mundo.¹³ En este ambiente emergieron la atracción por cultos orientales como el budismo, nuevas sectas cristianas y un nuevo catolicismo. Asimismo renacieron la contemplación de la naturaleza y el misticismo que en muchos casos no se opusieron al desarrollo que en forma paralela y contundente desplegaban la ciencia, la tecnología y el sistema capitalista.

En su libro *Genio del cristianismo*, el escritor francés Chateaubriand (1768-1848), uno de los neocatólicos más influyentes de la historiografía romántica europea, defendió al cristianismo contra los ataques de la filosofía ilustrada, glorificó el arte gótico y se obsesionó con las epopeyas y las ruinas medievales. En otras obras, *Memorias de ultratumba* y *Los mártires*, justificó la autoridad del clero sobre las conciencias y elogió la majestuosidad y el esplendor de las ceremonias y las iglesias católicas. Para él, si el hombre llegaba a perder la fe en la religión, la libertad humana no sobreviviría.¹⁴

LA EXALTACIÓN DE LA LIBERTAD INDIVIDUAL

Los románticos vincularon la necesidad de la religión como medio de salvación de la humanidad con la noción de libertad individual argumentado que de la religión dependía que los hombres se elevaran por encima de lo material y dominaran sus deseos y conductas desordenadas. A pesar de las críticas realizadas por Kant al romanticismo, algunos románticos coincidieron con él en atribuir al hombre la capacidad de elegir y ser responsable de sus propios actos. De acuerdo

¹³ Carl Becker, *The Heavenly City of the Eighteenth-Century Philosophers*. New Haven/Londres, Yale University Press, 2003, pp. 33-70.

¹⁴ Véase “Chateaubriand”, en P. Bénichou, *op. cit.*, pp. 99-113; H. G. Schenk, *op. cit.*, pp. 133, 173.

con los principios kantianos, cuando el hombre ejerce su máxima libertad, domina a la naturaleza, la moldea, le impone su personalidad, le imprime su sello, pero si su pasión es más fuerte que la razón, se somete, se esclaviza, es impotente, y si depende de otro, pierde la esencia de su humanidad.¹⁵

El poeta, dramaturgo e historiador, Friedrich von Schiller, discípulo de Kant, insistió en que lo único que hace al ser humano un hombre es su capacidad de elevarse por encima de la naturaleza física, explotarla y subyugarla a su libre y moralmente encauzada voluntad. Schiller “se refiere constantemente a la libertad espiritual: a la libertad de la razón, al reino de la libertad, al ser libre, a la libertad interior, a la libertad del pensamiento, a la libertad moral, a la libertad de la inteligencia —una frase favorita—, a la sagrada libertad, a la inexpugnable ciudadela de la libertad”.¹⁶

Al igual que Schiller, otros románticos concibieron la libertad individual como condición del despliegue de la voluntad y como fuente de la fantasía, la imaginación y la creación, sobre todo en el arte en general, especialmente en la música. Por otra parte, los románticos reclamaron el derecho del individuo a elevar su propia naturaleza por encima de los imperativos éticos y propusieron alcanzar la libertad, la igualdad y la democracia, no con la intención de promover el racionalismo, el cosmopolitismo y el universalismo difundidos por la Ilustración, sino para vincularlas a los sentimientos religiosos, nacionalistas y patrióticos. En este sentido, también concibieron la voluntad individual y colectiva como un requisito indispensable para liberar a las naciones oprimidas de la presencia extranjera.

EL CULTO A LA PATRIA Y LA NACIÓN

La idea de Herder de ver en los hechos históricos manifestaciones del espíritu de los pueblos contribuyó a volver la vista al pasado en busca de las tradiciones, creyendo que éstas permanecían invariables. Las canciones populares, las danzas folclóricas, los cuentos, las poesías, las leyendas, las fiestas, las comidas, así como los héroes, los triun-

¹⁵ Immanuel Kant, “¿Qué es la Ilustración?”, en *Filosofía de la historia*. México, FCE, 1987, pp. 25-37.

¹⁶ I. Berlin, *op. cit.*, pp. 111-112.

fos, las batallas ganadas, los paisajes, las ruinas y los lugares sagrados constituyeron elementos esenciales del nacionalismo romántico que se extendió por la Europa occidental y oriental y atravesó el Atlántico para echar raíces en América.

Entre 1830 y 1870, las colonias hispanoamericanas consolidaron su independencia y en Europa se multiplicaron los movimientos en favor del liberalismo y la democracia. El clero y la nobleza, los dos estamentos privilegiados del *ancien régime*, fueron derrotados definitivamente en las revoluciones de 1848. La gran burguesía, es decir, los grandes industriales, terratenientes, comerciantes y banqueros, con la ayuda de los obreros, los campesinos y los desocupados, tomaron el poder político para favorecer sus negocios.¹⁷ De acuerdo con historiadores como Thierry y Michelet, el llamado “pueblo” empezó a tomar conciencia de su situación social y política y a demandar mejores condiciones de vida en ese periodo. Al mismo tiempo, los trabajadores se unieron y organizaron asociaciones políticas y sindicatos, los gobiernos de las grandes potencias, aliados con los capitalistas, compitieron por el dominio de los mercados y alimentaron sentimientos de defensa de la propia nación.

En Francia, el nacionalismo había surgido en el curso de la misma Revolución de 1789, cuando las monarquías europeas habían amenazado con invadir su territorio y destruirla. La unión de los franceses en torno a un mismo suelo, una misma lengua y un mismo pasado fue exaltada y orientada a cultivar el amor a la patria, una entidad sagrada por la cual era necesario sacrificarse. Como se verá más adelante, después de la Gran Revolución, los historiadores románticos franceses defendieron al pueblo como protagonista de la gesta más importante de liberación de la humanidad del yugo del despotismo.¹⁸

En Alemania, al igual que en las naciones ocupadas por los ejércitos franceses, el nacionalismo también se avivó. Movidado por la invasión y la destrucción napoleónica de los reinos alemanes, el filósofo romántico, Johann Gottlieb Fichte, dictó sus famosos *Discursos a la nación alemana*. Según éstos, cuando el individuo se identifica con un poder superior como la nación, se convierte en una fuerza avasalladora. Por ello, en referencia al “pueblo germano”, es decir, a los godos, vándalos, burgundios, suevos, francos, etcétera, quienes desde los primeros

¹⁷ G. Duby, *op. cit.*, pp. 415-445.

¹⁸ H. G. Schenk, *op. cit.*, pp. 248-252.

siglos se habían establecido en el centro y el norte de Europa y habían fundado varios reinos, escribió:

Todos aquellos que creen en la realidad espiritual, quienes creen en la libertad de la vida del espíritu, quienes creen en el progreso eterno del espíritu haciendo uso de la libertad —sea el que sea su país de origen, sea el que sea su lenguaje—, todos ellos pertenecen a nuestra raza, forman parte de nuestro pueblo, o se unirán a él tarde o temprano.¹⁹

Si bien no todos los nacionalismos románticos estuvieron motivados por las mismas causas, su inclinación a pensar en su pueblo y nación como únicos y elegidos fue semejante. Otro ejemplo es el del poeta Adam Mickiewicz, quien idolatraba a su patria, Polonia, y llegó a considerarla “el pueblo elegido de Dios”. Mickiewicz redactó los *Libros de la nación polaca y de la peregrinación polaca*, una especie de Biblia de la misión de los polacos en la cual evidenció cómo el nacionalismo aspiraba a convertirse en una religión sustituta del cristianismo.²⁰

LA VIVIFICACIÓN DE LA HISTORIA

En el siglo XIX, la historia fue revalorada como prueba de la grandeza de la nación, instrumento de cohesión de un pueblo y arma de exaltación de sus tradiciones. En el pasado se encontraron los hechos memorables, los héroes y los mártires que debían constituir un ejemplo para las jóvenes generaciones por haber dado su vida por la patria. Por ello, los dramas, las leyendas y las novelas históricas se pusieron de moda y la historiografía romántica floreció adoptando una nueva forma de narración que intentó transmitir las impresiones, las vivencias y las emociones, no sólo de las grandes personalidades de la historia, sino también de los pueblos y las épocas. La Revolución francesa fue uno de los temas favoritos y de las mayores preocupaciones.

El poeta alemán Heinrich Heine (1797-1856) —una de las voces más autorizadas para hablar del romanticismo, por vivir entre Alemania y Francia en esa época y asumirse él mismo como romántico— subrayó cómo la imagen lamentable de los príncipes alemanes vencidos, a quie-

¹⁹ Citado por I. Berlin, *op. cit.*, pp. 131-133.

²⁰ H. G. Schenk, *op. cit.*, pp. 241-244.

nes el pueblo vio arrastrarse a los pies de Napoleón, afligió a muchos “del modo más insoportable”.²¹ Después:

Se nos ordenó el patriotismo y nos hicimos patriotas, porque hacemos todo lo que nuestros príncipes nos ordenan. Pero no debe concebirse este patriotismo como el mismo sentimiento que en Francia lleva este nombre. El patriotismo del francés consiste en que su corazón arde, a través de este ardor se expande, se ensancha, de modo tal que abarca con su amor ya no sólo a los familiares más cercanos, sino a toda Francia, todo el país de la civilización; el patriotismo del alemán, por el contrario, consiste en que su corazón se estrecha, se contrae como el cuero en el frío, odia lo extranjero, ya no quiere ser un ciudadano del mundo, un europeo, sino solamente un teutón provinciano.²²

La nostalgia por el pasado se puso de manifiesto en la buena acogida dada a las obras historiográficas y las novelas históricas que deploraban el fin del cristianismo medieval, la caballería, las dinastías reales y el feudalismo —por ejemplo, el *Ivanhoe*, de Walter Scott²³— y en la ola de fascinación que generó la construcción de ruinas artificiales e imitaciones de castillos medievales: Balmoral, Neuschwanstein, Hohenzollern.²⁴ Los historiadores románticos reinterpretaron las fuentes contemporáneas a los hechos y las versiones de los testigos oculares intentando demostrar que el pasado estaba vivo y que ellos eran capaces de “resucitar a los muertos, con todos sus problemas y conflictos humanos”.²⁵ De ahí la glorificación de la caballería religiosa del ciclo del Santo Grial, y la mística simbólica de los poemas *Titirel*, *Parsifal*, *Lohengrin* y *Tristán e Isolda*²⁶ que inspirarían las óperas del compositor Richard Wagner (1813-1883), piezas musicales modelo del romanticismo alemán, sobre todo al ser representadas con toda la carga religiosa y los fines nacionalistas en el *Bühnenweihfestspiel* (drama de consagración escénica) en la pequeña ciudad de Bayreuth.²⁷

²¹ Heinrich Heine, *La escuela romántica*. Buenos Aires, Biblos, 2007, p. 61.

²² *Ibid.*, p. 62.

²³ H. G. Schenk, *op. cit.*, p. 64.

²⁴ *Ibid.*, pp. 68-69.

²⁵ *Ibid.*, p. 71.

²⁶ H. Heine, *op. cit.*, p. 46.

²⁷ George L. Mosse, “Los festejos públicos: el teatro y los movimientos de masas”, en *La nacionalización de las masas. Simbolismo político y movimientos de*

El amor y la pasión, recurrentes en la poesía romántica, lo fueron también en las descripciones sobre el amor y la pasión vertidas por los héroes y el pueblo al sacrificarse y salvar a la nación y la patria. La creencia en la existencia de algo más poderoso que los hombres, una fuerza impersonal o sobrenatural, Dios o la Providencia, que movían misteriosamente a la historia hacia un fin (teleología), se mantuvieron como constantes en la mayoría de los románticos. De este modo, Schiller se convirtió en una especie de “profeta retrospectivo” al afirmar: “Dios está en el movimiento, en la acción, en el tiempo; su divino hálito sopla a través de las páginas de la historia, y ésta es el verdadero libro de Dios”.²⁸ Percepción que se complementó con la valoración de la singularidad de la historia de cada pueblo y nación como espíritus unidos a la gran totalidad o la historia general de la humanidad que se encontraba en un permanente *continuum*.

LA HISTORIOGRAFÍA ROMÁNTICA FRANCESA

Los cuatro rasgos del romanticismo antes señalados: el retorno de la espiritualidad y el amor a la naturaleza como reacción ante el exceso de racionalidad y materialismo, la exaltación de la libertad individual limitada por la imposición del orden y la disciplina burguesas, el culto a la patria y la nación como defensa de lo propio y respuesta al cosmopolitismo y el universalismo ilustrados y la vivificación de la historia como oposición a los fríos relatos sobre el pasado pueden observarse en los textos de esta antología. Los tres autores seleccionados, Thierry, Michelet y Tocqueville, vivieron durante la primera mitad del siglo XIX y el conjunto de sus obras respondió a los problemas de su época: Francia acababa de salir de su gran Revolución y libraba una lucha interna entre la república y la monarquía, entre los principios ilustrados y los antiilustrados, entre el reclamo de más libertades y las tendencias por restablecer el antiguo autoritarismo. La literatura y la filosofía inglesas y alemanas circulaban en el ambiente intelectual; Scott y Herder fueron especialmente influyentes en estos tres historiadores. Por otra parte, los tres recibieron con beneplácito las ideas del vizconde de Cha-

masas en Alemania desde las guerras napoleónicas al Tercer Reich. Madrid, Marcial Pons Historia, 2005, pp. 100-166.

²⁸ H. Heine, *op. cit.*, p. 80.

teaubriand, particularmente la tendencia a recuperar de algún modo el cristianismo y narrar la historia en forma más novelada y emocional.

Si bien los historiadores románticos europeos proporcionaron materiales para alabar las virtudes de sus naciones, animarlas a tomar el camino del progreso, y considerar incluso el haber sido elegidas por Dios o por fuerzas sobrenaturales para alcanzar un futuro prometedor, los franceses se distinguieron por ver en el pueblo francés al protagonista del drama cristiano de la liberación de la humanidad, además de sentir nostalgia por la realización verdadera de los ideales revolucionarios.

Ninguno de los textos de esta antología constituye una narración de acontecimientos; en cambio, sus tres autores comparten la intención de reflexionar en torno a la utilidad de la historia para la sociedad y el quehacer del historiador y de presentar algunas ideas sobre el conocimiento histórico. Thierry señala por qué es importante su estudio y cómo lo elaboró; Michelet describe su labor historiográfica y propone el lugar que deben ocupar el pueblo y la historia patria en la educación francesa. Tocqueville, por su parte, plantea su desacuerdo con la visión imperante de la Revolución de 1789 y propone una nueva interpretación de este fenómeno. En los tres casos, la recuperación del pasado está hecha con pasión. Thierry, aunque moderado, recupera vidas sometidas a la dicotomía de dos culturas en choque y muestra cómo sus personajes eligieron soluciones diferentes para adaptarse a la sociedad en conflicto. Michelet hace de su libro una apología del pueblo francés, delirante a veces, y Tocqueville, con su aparente mesura, entiende la sociedad contemporánea que combina democracia con poder centralizado. Además, los tres comparten el nacionalismo propio de la mayoría de los escritores de esa época y sopesan en forma ambivalente los efectos de la Gran Revolución; por un lado, reconocen su herencia negativa: el egoísmo, la violencia y el racionalismo; por otro lado, la admiten como fuente de avances indudables para el desarrollo de la libertad, la igualdad y la fraternidad cristiana.

Existe una abundante bibliografía secundaria de análisis e interpretación de la obra de los tres autores. En ella, Thierry y Michelet generalmente son catalogados como representantes de la historiografía romántica francesa y Tocqueville de la historiografía liberal.²⁹ La inclu-

²⁹ Los politólogos especialistas en Tocqueville suelen verlo como un teórico de la ciencia política, especialmente de la libertad y la democracia, y no como un historiador. Por esta razón, no enfatizan las características románticas de su pensamiento

sión de este último autor en esta antología responde al hecho de que, en los últimos tiempos, han surgido argumentos convincentes que lo ubican como parte del romanticismo.³⁰ A reserva de volver a ellos más adelante, los más destacados son los siguientes: sus dos libros más importantes, *La democracia en América* y *El antiguo régimen y la Revolución*, denotan la influencia de Chateaubriand y otros románticos, sobre todo en relación con la nostalgia por el mundo perdido de la época medieval y el uso de la historia como un recurso para probar la persistencia de las tradiciones; en sus obras se manifiestan sentimientos románticos nacionalistas, fascinación por el exotismo de los pueblos indígenas, así como la fe en la libertad individual; además, Tocqueville hace referencia constante a la fuerza de las emociones y las pasiones en los movimientos políticos y sociales.³¹

AUGUSTIN THIERRY

El primer texto de esta antología pertenece a Augustin Thierry, quien fue, junto con Auguste Comte, secretario del conde de Saint-Simon, el destacado teórico del socialismo utópico, autor de la obra *El nuevo cristianismo* (1825) e iniciador de la ciencia de la sociedad: la sociología. Preocupado por la situación política, Thierry se inició como periodista liberal y en 1821 empezó a publicar artículos en el periódico francés *El censor europeo*.³² Las argumentaciones de estos artículos las basó en la

y lo consideran un racionalista liberal. Son los casos de Jacob Peter Mayer, *Alexis de Tocqueville. Estudio biográfico de ciencia política* (Madrid, Tecnos, 1965); "Introducción", en *El antiguo régimen y la revolución* (México, FCE, 2006), y André Jardin, *Alexis de Tocqueville, 1805-1859* (México, FCE, 1988).

³⁰ Véase "Literature, Western", en *The New Encyclopaedia Britannica*, 30 vols. Chicago, Macropedia, William y Helen Benton, 1973-1974, vol. 10, p. 1193, b) infra.

³¹ Véanse Roger Boesche, *The Strange Liberalism of Alexis de Tocqueville*. Londres, Ithaca/Cornell University, 1987; Irena Grudzinska-Gross, *The Scar of Revolution: Custine, Tocqueville and the Romantic Imagination*. Berkeley, Oxford, University of California, 1991; Theda Skocpol, ed., *Democracy, Revolution and History*. Londres, Ithaca, Cornell University, 1998; Pavel Zaleski, "Tocqueville on Civilian Society. A Romantic Vision of the Dichotomic Structure of Social Reality", en *Archiv für Begriffsgeschichte*, núm. 50, Felix Meiner, 2008.

³² Georges Lefebvre, *El nacimiento de la historiografía moderna*. México, Roca, 1975, p. 192.

historia. Entre otras cosas, intentó probar, en forma similar a Comte,³³ cómo desde la aparición de los municipios medievales Francia se había ido acercando paulatinamente a las instituciones parlamentarias y ampliando las libertades individuales.

La búsqueda de las tradiciones singularmente francesas alimentó en Thierry, al igual que ocurrió más adelante con Michelet, la nostalgia por el pasado romano y cristiano,³⁴ particularmente por personalidades, prácticas y estructuras de la época medieval. Además, puso atención en aspectos poco abordados hasta ese momento, sobre todo en la vida cotidiana, y en los usos y las costumbres de las clases trabajadoras y los sectores marginados. Con ello nació una primera forma de historia social, según lo aclara el mismo autor.³⁵

Thierry puede considerarse un reformador de la historiografía francesa al mostrar a los historiadores la necesidad de recurrir a las fuentes originales, trascender los relatos densos y muertos y tratar de comprender e infundirle vida al pasado.³⁶ La erudición y la búsqueda de la verdad histórica no se contrapusieron al apasionamiento y la imaginación que según Thierry requería el oficio. De ahí que sostuviera: “Para la imaginación no hay pasado y el futuro mismo pertenece al presente”.³⁷

Las páginas que aquí se recogen son el prefacio que escribió para su libro *Relato de los tiempos merovingios*, texto que ha sido considerado su obra maestra. Thierry comenzó a escribir estos relatos en 1833, cuatro años después de haber quedado paralizado y ciego. Posteriormente, los convirtió en un libro que publicó en 1840.³⁸ En el prefacio, el autor explica sus propósitos y manera de trabajar. Aclara que su obra “se compone de dos partes perfectamente distintas: una, de disertación histórica; otra, de narración”.³⁹ La primera está marcada

³³ Auguste Comte, *Primeros ensayos*. México, FCE, 1975, pp. 15-67.

³⁴ Augustin Thierry, *Relatos de los tiempos merovingios*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1946, pp. 4, 6.

³⁵ *Ibid.*, p. 6.

³⁶ George P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*. México, FCE, 1977, pp. 176-178.

³⁷ Citado por H. G. Schenk, *op. cit.*, p. 72.

³⁸ Eduard Fueter, *Historia de la historiografía moderna*. 2 vols. Buenos Aires, Nova, 1953. Éste es un manual de historiografía publicado por primera vez en Munich, en 1911. Su autor, quien nació en Suiza, se muestra contrario a los historiadores franceses y ferviente admirador de la historiografía alemana.

³⁹ A. Thierry, *op. cit.*, p. 1.

por la necesidad de explicar la importancia de la época merovingia en la historia de Francia y la segunda ofrece la historia de personajes y situaciones.

Thierry muestra cómo entre los siglos VI y VIII de la dinastía merovingia, en Francia nació una nueva cultura heredera de dos tradiciones originales: la romana y la bárbara, sin que ninguna de ellas se impusiera, sino más bien la mezcla de ambas. Él es de los primeros en plantear esta doble herencia de los pueblos europeos, tan aceptada después en otros países. Muy a tono con el romanticismo y su pasión por revalorar la Edad Media, Thierry sostiene que lo ocurrido en Francia en esos tiempos fue un choque de culturas “no ya completo, radical, combativo, sino suavizado por un sinnúmero de imitaciones recíprocas originadas por la convivencia sobre el mismo suelo”.⁴⁰ Una tesis similar había planteado antes en su libro *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos* (1825), donde había sostenido que el origen de las naciones europeas debía buscarse en los momentos de conquista de una nación por otra; en la lucha entre vencedores y vencidos, sobre todo en la época medieval que, como se ha señalado antes, fue altamente valorada por los románticos europeos por observar en ella los orígenes de las naciones y sus tradiciones.

Para lograr el propósito explicativo de los *Relatos*, Thierry dice haber enfrentado la disyuntiva de elegir entre “el relato seguido, cuyo hilo conductor fuera la sucesión de los grandes acontecimientos políticos, y la narración en trozos sueltos, cada uno de los cuales tuviese por trama la vida o aventuras de algunos personajes de aquel tiempo”.⁴¹ Eligió la segunda opción y describió a cuatro personajes para explicar las diferentes posturas que los individuos podían asumir en aquella sociedad de contacto entre dos culturas, así como el mestizaje a que dio lugar: Fredegunda, la mujer que simboliza el prototipo de la barbarie; Chilperico, el bárbaro asimilado; Mummolo, el civilizado que se barbarizó, y Gregorio de Tours, el civilizado que vio hundirse la sociedad en la que se formó. Asimismo, como una estrategia del discurso, compaginó “los relatos episódicos, los hechos locales, los rasgos de costumbres” con los hechos políticos, con lo cual ofreció una historia “más vivaz y más precisa”.⁴²

⁴⁰ *Idem.*

⁴¹ *Ibid.*, p. 2.

⁴² *Ibid.*, p. 3.

La reflexión en torno a la barbarie y la civilización como nociones correspondientes a dos estados opuestos de la humanidad estuvo en boga a lo largo del siglo XIX y aún hoy en día aparece a menudo. Antes de Thierry, François Guizot (1787-1874), su colega, amigo y protector, el dirigente político e historiador racionalista defensor de la monarquía parlamentaria, había estudiado la palabra “civilización”, “su sentido general, humano, popular”,⁴³ en su libro *Historia general de la civilización en Europa* (1828), y había afirmado que los historiadores no debían limitarse a los hechos políticos, sino abarcar el conjunto de ellos, en particular los que habían hecho posible que Europa se distanciara de la barbarie.⁴⁴

En el prefacio a los *Relatos*, Thierry aclara que *La historia de los francos* de Gregorio de Tours en el siglo VI fue la fuente fundamental utilizada para escribir su libro.⁴⁵ Ofrece algunas consideraciones críticas sobre ella, remarca su carácter particular y colorista y, como buen conocedor y estudioso sistemático de las fuentes originales, en especial de las leyendas, las poesías y crónicas medievales, reconoce que es casi la única fuente para este periodo y acepta esta limitación.⁴⁶

Algunos rasgos románticos conservados en este prefacio se relacionan con el peso que Thierry le confiere a las pasiones, los sentimientos y las emociones en el relato histórico al hablar de “vida tormentosa” de los señores y obispos, “turbulencia intrigante”, “indisciplina brutal”, “rivalidades”, “odios”, etcétera;⁴⁷ con la idea de totalidad y continuidad de los hechos históricos, al decir, “He hallado la ley de sucesión de los sistemas en las conexiones íntimas de cada uno de ellos con la época en que apareció”,⁴⁸ con el elogio de la patria al incluir el pronombre posesivo “nuestra” historia y poesías de tono y contenido épico;⁴⁹ y con el interés de contribuir a la elaboración de una historia de Francia entendida como una nación federada y unida.⁵⁰

⁴³ Citado por G. Lefebvre, *op. cit.*, p. 183.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 174-185.

⁴⁵ Falta una traducción al español de esta importante obra. Puede consultarse Gregorii Episcopi Turonensis, *Historiarum Francorum Libri X*. Bruno Krusch y Wilhelm Levison, eds. Series: Scriptorum rerum Merovingicarum t. 1, parte 1; *Monumenta Germaniae Historica*, Hannover, Hahn, 1951.

⁴⁶ A. Thierry, *op. cit.*, p. 3.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 4.

⁴⁸ *Idem.*

⁴⁹ *Ibid.*, p. 5.

⁵⁰ *Idem.*

La idea de que la historia se desarrollaba a través de la lucha permanente fue objeto de crítica por los contemporáneos de Thierry y motivó que en *Consideraciones sobre la historia de Francia*,⁵¹ obra complementaria de los *Relatos*, este historiador respondiera insistiendo en el antagonismo entre francos y galos. La influencia del pensamiento de Saint-Simon y sus ideas sobre los conflictos sociales, el reclamo de libertad, así como la atención prestada a lo que por primera vez se denominó “pueblo”, y al planteamiento de que la historia probaba cómo la aristocracia sucumbiría en forma gradual y el pueblo elevaría su posición social, hicieron que en su época Thierry fuera considerado un historiador socialista.⁵²

JULES MICHELET

El segundo texto de esta antología es un poco más extenso y forma parte del libro *El pueblo*, escrito por Jules Michelet en 1846. Michelet era tres años más joven que Thierry, pues nació en 1798, pero fue más longevo que él, porque murió en 1874. Las mejores obras de historia de este prolífico autor fueron escritas durante la primera mitad del siglo XIX. Entre ellas se encuentran *Juana de Arco*, la *Historia de Francia* y los capítulos que escribió sobre la Revolución francesa.⁵³

Michelet fue hijo de un modesto impresor, vivió en la pobreza y padeció numerosas calamidades, pero se mantuvo cerca de intelectuales que lo interesaron y animaron al estudio. De este modo, siendo aún muy joven, tradujo la obra de Giambattista Vico (1668-1744), *Ciencia nueva*, la cual le produjo gran conmoción. De Vico asumió el papel primordial de la Providencia en la humanización del hombre, la importancia de las masas en el desarrollo de la civilización y el intento de armonizar la ciencia y la fe.⁵⁴ Posteriormente, los sentimientos religiosos de Michelet recibirían la influencia de la obra de Chateaubriand y su defensa del

⁵¹ Augustin Thierry, *Consideraciones sobre la historia de Francia*. Buenos Aires, Nova, 1944.

⁵² P. Gooch, *op. cit.*, pp. 179-180.

⁵³ Jules Michelet, *Juana de Arco*. México, FCE, 1986. La bibliografía sobre Michelet es copiosa. Un texto general sobre él es el capítulo que le dedica George Lefebvre, en su obra citada.

⁵⁴ P. Gooch, *op. cit.*, p. 183.

cristianismo, aunque, a diferencia de la convicción católica del autor de *Los mártires*, Michelet fue ambivalente frente al clero católico al alabarlo en algunos momentos y censurarlo en otros.⁵⁵

Michelet recogió de Thierry la noción de pueblo y la nueva manera de narrar la historia, sin embargo, sus contactos con escritores e historiadores alemanes, en particular Herder, Barthold Georg Niebuhr (1776-1831), Friedrich Karl von Savigny (1779-1861) y los hermanos Jacob (1785-1863) y Wilhelm Grimm (1786-1859), hicieron que le confiriera una mayor fuerza interna al pueblo y lo concibiera como guiado por un poder superior, divino, que recuerda el *Volksgeist* (espíritu del pueblo), de Herder y Hegel.⁵⁶

El primer fragmento de *El pueblo* incluido en esta antología es la larga dedicatoria a Edgar Quinet, su querido colega y aliado en la lucha que sostuvieron contra el clero católico para defender la libertad en la enseñanza universitaria.⁵⁷ El segundo fragmento está compuesto por los capítulos 22 al 26 del libro. En ellos Michelet habla sobre Francia, la educación y la historia.

Como se indicó antes, *El pueblo* fue publicado en 1846, dos años antes de la movilización popular en contra de las monarquías europeas, absolutas en su mayoría, que condujo a las revoluciones de 1848 y el establecimiento de la segunda república francesa. Tres años después de esta revolución, en 1851, Luis Bonaparte daría un golpe de Estado y ejecutaría acciones dictatoriales. Rodeado de este ambiente de agitación, Michelet entendió su labor de historiador como una forma de militancia, como la adopción de una acción urgente.⁵⁸ En parte esto explica sus apasionados sentimientos hacia “el pueblo” del cual se considera integrante debido a sus orígenes de obrero impresor.⁵⁹

De acuerdo con Michelet, Francia significa república, libertad y democracia y la esencia de estos conceptos radica en su pueblo, el cual ha ofrecido un sacrificio por el bien de toda la humanidad. De hecho, desde la Gran Revolución, el pueblo francés —para Michelet, no responsable del terror— había actuado como guía de la humanidad. La historia de Francia no se comprendía sin tomar en cuenta este hecho,

⁵⁵ *Ibid.*, p. 190.

⁵⁶ G. Lefebvre, *op. cit.*, pp. 195 y 200-201.

⁵⁷ P. Gooch, *op. cit.*, p. 188.

⁵⁸ Jules Michelet, *El pueblo*. México, FCE/UNAM, 1991, p. 13.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 1.

aún más, el pueblo se había ganado un lugar en la historia al demostrar su fuerza desde entonces. La historia de Francia era la de su pueblo y la misión de los historiadores consistía en restituirle el papel que le habían negado y reconocer sus virtudes: inocencia, valor, fe, amor y disposición al sacrificio.⁶⁰

Michelet se asumió como un historiador y manifestó no ser un artista, un literato ni un romántico, a pesar de la influencia del romanticismo en su obra, su inclinación al misticismo cristiano, su alabanza de la libertad y la patria, los impulsos emocionales que impregnan sus escritos y la ausencia de referencias directas a las fuentes consultadas.⁶¹ El centro de la diferencia entre arte e historia fue para él el problema de la verdad, pues mientras la literatura se inclinaba por la ficción, deformaba la realidad y no buscaba dar cuenta de la verdad general, los historiadores se proponían sacar la verdad a la luz y reivindicar al pueblo francés para probar la importancia de sus acciones revolucionarias en la historia de la humanidad. El quehacer del historiador era entonces “resucitar el pasado” y, en el caso de *El pueblo*, contrarrestar las calumnias difundidas por los demás países europeos acerca del pueblo francés.⁶² Por otra parte, a pesar de escribir todas sus obras con pasión, investigaciones posteriores han permitido comprobar que Michelet usó muchas fuentes documentales y que lo hizo con más cuidado que muchos de sus contemporáneos.⁶³

⁶⁰ H. G. Schenk, *op. cit.*, p. 252.

⁶¹ Roland Barthes, *Michelet*. México, FCE, 2004, p. 71.

⁶² Después del estallido de la Revolución francesa, las principales potencias europeas, Gran Bretaña, Prusia, Austro-Hungría y Rusia, formaron coaliciones para intervenir en Francia y frenar su expansionismo. Después de la derrota definitiva de Napoleón en 1815, el Congreso de Viena mantuvo a Francia subyugada. La restauración monárquica y su reforma como monarquía constitucional en 1830 frenaron los impulsos republicanos que habían caracterizado a la revolución y pusieron al pueblo como culpable de la violencia y la desarticulación de la sociedad. Durante la década de los cuarentas del siglo XIX, se agudizó la crisis agraria e industrial en Francia y renacieron los movimientos populares, republicanos y socialistas. Para una cronología de los principales acontecimientos de esta época, véase William L. Langer, comp., *Enciclopedia de historia universal*. 2 vols. Madrid, Alianza, 1980, vol. 1, pp. 911-970.

⁶³ Los procesos inquisitoriales a Juana de Arco, recientemente publicados, muestran, por ejemplo, el trabajo realizado por Michelet para reconstruir su historia a partir de estos documentos. (Georges y Andrée Duby, eds. *Los procesos de Juana de Arco*. Granada, Universidad de Granada/Universidad de Valencia, 2005.)

Desde Michelet, el término “pueblo” y su definición han sido objetos de disputa, especialmente de críticas negativas por entenderlo como un ente homogéneo, es decir, por ser un concepto que impide distinguir las diferencias sociales y de mentalidad entre los grupos y las personas que lo componen.⁶⁴ Michelet justifica su atención en él por haber sido ignorado tanto en los libros eruditos como en las estadísticas. Para acercarse al pueblo recurre a sus recuerdos de la infancia y emprende investigaciones propias basadas en entrevistas a personas de los barrios parisinos, por ejemplo a quienes habían conocido a Marat, Danton y Robespierre. Estas fuentes las complementó con documentos de archivo.⁶⁵ En este sentido, al igual que Thierry, fue un pionero de la historia social, por incorporar al “pueblo” como sujeto de la historia, “crear” nuevas fuentes, la historia oral sobre todo, e incorporar innovaciones en el manejo de las fuentes de primera mano.⁶⁶ Por otra parte, Michelet se queja de la omisión presente en las obras de economía de la historia de la familia, la mujer y la economía doméstica, al igual que de los campesinos y los obreros, aun cuando, según su opinión, son factores fundamentales para el buen funcionamiento de la sociedad. Acusa a los historiadores y a los economistas de ofrecer “resultados parciales y artificiales, enfocados desde una perspectiva estrecha”.⁶⁷

Cuando en 1852 Luis Bonaparte se coronó emperador (Napoleón III), Michelet se negó a reconocerlo. Por esta razón perdió su trabajo en los archivos franceses y tuvo que alejarse de la Sorbona donde era profesor. Años después, en 1866, reconoció que numerosos pasajes de su libro estaban “fuertemente marcados” por la efervescencia política y popular,⁶⁸ pero no quiso modificar nada “pues le habría quitado el sello de su tiempo, haciendo de él un libro bastardo y falso”.⁶⁹ En 1846, la primera edición del libro había sido un éxito y Michelet veía en él una manera de seguir apoyando al republicanismo y la democracia francesa, pese a estar viviendo bajo un gobierno imperial. Por ello, en el prefacio a la segunda edición, publicada en 1866, Michelet valora así su libro: “Lo que tiene de importante no ha cambiado. Lo que dice del derecho del instinto de la gente sencilla y de la inspiración de las multitudes,

⁶⁴ G. Lefebvre, *op. cit.*, pp. 205-209.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 2.

⁶⁶ R. Barthes, *op. cit.*, 112-113.

⁶⁷ J. Michelet, *op. cit.*, p. 3.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 35.

⁶⁹ *Idem.*

de las voces ingenuas de conciencia, subsiste y permanecerá como la base sólida de la democracia”.⁷⁰

Si para Michelet el historiador es un luchador social, la historia persigue una importante función social: consolidar entre la gente el sentimiento de pertenencia a un cuerpo social llamado Francia, a su historia y su proyecto. De ahí que afirme que la nación “no es un accidente de los últimos siglos ni un azar revolucionario. Es el legítimo resultado de una tradición ligada a toda la tradición desde hace 2 000 años”.⁷¹ Para él, sólo Francia cuenta con una historia milenaria, por lo que sólo ella puede representar a toda la humanidad y ser garante de la democracia y la república en todo el mundo. Pero Michelet consideraba que Francia estaba amenazada y podía desaparecer, y con ella desaparecerían los valores que representaba. Por eso los franceses, y el mundo entero, debían seguir a Francia como a una religión y defenderla con su vida. Para su fortuna, en 1870, cuatro años antes de su muerte, a Michelet le tocó vivir la restauración de la república francesa.

En Michelet se puede advertir cómo la noción de pueblo se vincula con el nacionalismo romántico al decir:

Sería bueno examinar si los libros franceses que tienen tanta popularidad y autoridad en Europa representan verdaderamente a Francia; si no han mostrado ciertas facetas excepcionales, muy desfavorables; si estas pinturas donde casi no se encuentran sino nuestros vicios y fealdades no le han hecho a nuestro país un inmenso daño ante las naciones extranjeras.⁷²

Cuando se lee la segunda parte de los textos recogidos en esta antología, en los capítulos que hablan sobre la patria, el pueblo, la historia y la educación, impresiona el tono bélico y nacionalista de la escritura de Michelet, compartida con la mayoría de los escritores franceses, y europeos en general, del siglo XIX y de la primera mitad del XX. Por ello resulta importante añadir que, en el caso de Francia, esta historiografía sirvió para animar a los soldados a la guerra, primero a las guerras napoleónicas, después a la guerra franco-prusiana de 1870-1871 y, por último, a la Primera Guerra Mundial.⁷³

⁷⁰ *Idem.*

⁷¹ *Ibid.*, p. 19.

⁷² *Idem.*

⁷³ El nacionalismo militante de Michelet explicaría en parte por qué los histo-

El nacionalismo romántico exigió que las jóvenes generaciones se entregaran al sacrificio por la patria “gloriosa e inmortal”;⁷⁴ también se mostró ansioso de reforzar la identidad de Francia y la singularidad de la propia patria, y se propuso infundir un halo divino a las acciones realizadas por los hombres y las mujeres con la finalidad de promover la esperanza en la llegada de un gran futuro. En la misma segunda parte de *El pueblo*, Michelet esboza el proyecto nacionalista que seguirían muchas otras naciones, entre ellas México. En él, la enseñanza de la historia patria representa la base de la educación de los jóvenes, de los futuros ciudadanos llamados a dar la vida por la patria. “¡Un solo pueblo! ¡Una sola patria! ¡Una sola Francia!”⁷⁵ clama Michelet.

ALEXIS DE TOCQUEVILLE

El tercero y último de los textos de esta antología es la primera parte del libro de Alexis de Tocqueville, *El antiguo régimen y la revolución*, publicado en 1856, tres años antes de su muerte. Tocqueville es el más joven de los tres autores recogidos. Cuando él nació, en 1806, Thierry tenía once años y Michelet ocho. A diferencia de Michelet, quien se preciaba de ser un hombre del pueblo que se hizo académico, Tocqueville fue un noble católico que se convirtió en jurista y político activo entre 1830 y 1851. En este periodo escribió una de las obras más importantes del liberalismo, *La democracia en América*, producto de la visita e inspección de las prisiones y presidios norteamericanos realizada en 1831 por encargo de la monarquía. La primera parte de esta obra fue publicada en 1835 y la segunda en 1840. Al igual que Michelet, Tocqueville se retiró de la vida pública tras el golpe de Estado de Luis Bonaparte. Murió en 1859, ocho años después.⁷⁶

Puesto que la educación recibida por Tocqueville fue vasta y completa, conoció a fondo la literatura clásica y, al igual que Thierry y

riadores de la historiografía han sido tan duros con él. Por ejemplo, en 1911, Eduard Fueter dice de la *Historia de la revolución francesa* de Michelet: “Más que un libro de historia es una epopeya nacional. Es parcial, unilateral, se abstiene completamente de dilucidar problemas políticos y sociales”. (E. Fueter, *op. cit.*, vol. II, pp. 129 y 130.)

⁷⁴ J. Michelet, *op. cit.*, p. 32.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 15.

⁷⁶ E. Fueter, *op. cit.*, p. 237.

Michelet, a los ilustrados y los historiadores franceses contemporáneos a él. Por otra parte, como se mencionó antes, recibió la influencia de Chateaubriand.⁷⁷

Como lector asiduo de Schiller y Goethe, Tocqueville valoró la subjetividad y el individualismo expresados en la poesía como esencias humanas, así como la exaltación de las libertades y la confianza en el progreso de los hombres si se conservaban las tradiciones. Por otra parte, aunque defendió el tránsito gradual a la democracia y subrayó cómo ésta contribuía al perfeccionamiento moral de los hombres, mostró su nostalgia por la monarquía y el orden aristocrático en el cual había vivido durante su infancia y su juventud.

Como buen romántico, Tocqueville admiró las novelas de Walter Scott y al igual que él expresó gran atracción por los viajes y la visita a las ruinas. En 1833, en sus notas del viaje realizado a Inglaterra, refiere cómo las torres destruidas del castillo de Kenilworth le hicieron revivir a uno de los personajes de Scott.⁷⁸ Asimismo, al igual que otros románticos, admiró la libertad política, las asambleas provinciales, la realeza y la aristocracia medievales y observó con nostalgia cómo habían perdido su verdadero espíritu. Según Tocqueville, en el siglo XVIII, el occidente europeo había entrado a una etapa de decadencia y el legado positivo de la Edad Media se había olvidado.⁷⁹

En las páginas que aquí se recogen, Tocqueville expone la tesis central del libro *El antiguo régimen y la Revolución*; en las partes subsecuentes, el autor argumenta y desarrolla tal tesis con pruebas concretas. Leyendo las primeras páginas es posible quedar atrapados por la persuasión argumentativa, la pasión y el patriotismo que envuelven al texto. El propio Tocqueville lo reconoce al decir: “Sería imperdonable que un francés no la sintiera [la pasión] cuando habla de su patria y piensa en su época”.⁸⁰ La obra trata exactamente de lo que dice su título: la relación entre el régimen anterior a 1789 y la revolución que aconteció ese año. Su autor aclara: “Este libro no es una historia de la Revolución [...] sino tan sólo un estudio sobre esta Revolución”.⁸¹

⁷⁷ A. Jardin, *op. cit.*, p. 208.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 160.

⁷⁹ Alexis de Tocqueville, *El antiguo régimen y la Revolución*. Madrid, Alianza, 1982, pp. 98-99.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 83.

⁸¹ *Ibid.*, p. 79.

Es decir, como los otros fragmentos recogidos en esta antología, es un texto argumentativo en el que el autor se propone hacer un balance de las verdaderas transformaciones que trajo consigo la Revolución francesa, bajo la hipótesis de que la sociedad no cambió tanto como hasta ese momento se había creído.

Como Thierry y Michelet, Tocqueville conoció los documentos públicos (actas de asamblea, cuadernos de quejas, reportes administrativos) con la intención de que le revelaran “los verdaderos instintos de la época”, los “deseos” de los tres órdenes, “la auténtica manifestación de su voluntad postrera”.⁸² En dichos documentos encontró “al antiguo régimen vivo, con sus ideas, sus pasiones, sus prejuicios, sus prácticas”.⁸³ Esto muestra cómo, para Tocqueville, la historia encierra algo más que datos fríos y duros y cómo, a través de ella, se puede penetrar en “el espíritu” engendrado por la Gran Revolución.⁸⁴ Tal y como Herder lo había propuesto,⁸⁵ un Dios providencial es para el político francés el “conductor del progreso”.⁸⁶

En sus obras Tocqueville enfatizó la urgencia de poner atención en las pasiones, los sentimientos y las emociones, al igual que en las tradiciones. Esta urgencia la relacionó con su deseo de enaltecer a Francia. Para él, la pasión del historiador se enciende cuando “habla de su patria y piensa en su época”.⁸⁷ Por ello, este historiador encuentra en los antepasados las “virtudes viriles”, “un verdadero espíritu de independencia, amor a las grandes empresas, fe en nosotros mismos y no en una causa”⁸⁸ y ve en la Revolución la fundación de una patria unida por un nuevo sentimiento de hermandad que antes se había formado en las revoluciones religiosas. “Es, por tanto —dice Tocqueville— con las revoluciones religiosas con las que hay que comparar la Revolución francesa si queremos recurrir a una analogía para hacernos comprender”.⁸⁹

En correspondencia con la idea católica de la Providencia, pero admitiendo, como racionalista liberal, que Dios actúa por medio de fuerzas

⁸² *Ibid.*, p. 80.

⁸³ *Ibid.*, p. 81.

⁸⁴ *Idem.*

⁸⁵ G. Lefebvre, *op. cit.*, p. 220.

⁸⁶ P. Bénichou, *op. cit.*, p. 19.

⁸⁷ A. Tocqueville, *op. cit.*, p. 83.

⁸⁸ *Idem.*

⁸⁹ *Ibid.*, p. 93.

naturales,⁹⁰ a Tocqueville le parece pertinente comparar a la Revolución francesa con una revolución religiosa porque trascendió las fronteras de la nación y penetró en los demás pueblos por medio de la predicación y la propaganda⁹¹ con el fin de “regenerar al género humano”. Así, esta Revolución se convirtió “en una especie de religión nueva, religión imperfecta, ciertamente, sin Dios, sin culto ni vida eterna, pero que, no obstante, inundó toda la tierra con sus soldados, sus apóstoles y sus mártires igual que el islamismo”.⁹²

Tocqueville estudió al antiguo régimen y lo comparó con su presente. En consonancia con la noción de continuidad histórica propia de los románticos, concluyó que los cambios más importantes ocurridos en Francia se habían dado antes de la Revolución y habían sido paulatinos. Antes que otras naciones europeas, Francia había cultivado el amor a la democracia, la igualdad y la libertad y la crítica al absolutismo,⁹³ por eso había sido factible la ocurrencia de una revolución: al Pueblo —él emplea el término con mayúscula— le resultaban insoportables los derechos feudales que ya no cumplían una función política, sino civil.

En Tocqueville se observan presiones similares a las de Michelet. También él quería salvar el nombre de Francia reinterpretando la Revolución, pero más que explicarla como un factor de cambio, la reivindica como un periodo de reacomodo social, necesario para asimilar cambios ya existentes. Al igual que Michelet, Tocqueville entendió que la francesa había potenciado el orden europeo y de alguna manera intentó poner a Francia a la cabeza del continente, pero entendiendo que los grandes beneficiados de la revolución no serían los obreros ni los campesinos, sino los burgueses. Para él la revolución “no era más que el complemento de un trabajo más largo, la conclusión repentina y violenta de una obra en que habían trabajado diez generaciones de hombres”.⁹⁴ Así intentaba calmar los miedos que otros países europeos sentían hacia Francia y su revolución, explicándoles que se había recorrido sólo un trecho del camino que seguirían las demás naciones.

Los historiadores románticos franceses rechazaron a los revolucionarios radicales, sobre todo a los jacobinos, la dictadura de Robespierre

⁹⁰ G. Lefebvre, *op. cit.*, p. 211.

⁹¹ A. Tocqueville, *op. cit.*, p. 94.

⁹² *Ibid.*, p. 95.

⁹³ *Ibid.*, pp. 82-83.

⁹⁴ *Ibid.*, p. 83.

y la época del terror rojo, por no comprender el valor de la paz y el equilibrio y negar la herencia más preciada de la misma Revolución de 1789: la libertad. Tocqueville convirtió a la libertad en la clave de la nación francesa y creyó que con ella la nueva humanidad aseguraría el entierro definitivo del despotismo. La libertad individual, la libertad de pensamiento, el libre cambio, la libre circulación y la liberación de los trabajadores y campesinos de la opresión de sus señores, y de los productores y los comerciantes de los impuestos, fueron para él adquisiciones con valor infinito. De este modo, para Tocqueville, pese a sus excesos y momentos de desorientación, la Revolución francesa fue digna de admiración por abrir una nueva etapa de la historia de la humanidad.⁹⁵

⁹⁵ *Ibid.*, pp. 86.